

LA FAMILIA

HOMOSEXUALIDAD Y FAMILIA

ANA BERÁSTEGUI PEDRO-VIEJO*

Fecha de recepción: febrero de 2016

Fecha de aceptación y versión final: marzo de 2016

RESUMEN

La homosexualidad es una cuestión presente, directa o indirectamente, en la vida de la mayoría de las familias; sin embargo, muchas de ellas no saben qué hacer o qué pensar frente a esta realidad. Así, este artículo plantea tres situaciones en las que la familia puede enfrentarse a su propia visión de la sexualidad, el género y su capacidad de acogida y respeto: la realidad de un hijo que no se ajusta a las expectativas de género imperantes y sufre acoso homófobo en su entorno, especialmente escolar; la realidad de un hijo que durante su adolescencia o juventud revela a la familia su orientación o, como se dice coloquialmente, «sale del armario»; y la realidad de un hijo que decide construir una pareja homosexual estable o tener hijos con ella. Partiendo del catecismo de la Iglesia Católica, que recoge la importancia de no marginar a las personas homosexuales, y de las palabras del Papa Francisco «¿Quién soy yo para juzgar?», el artículo se sitúa en perspectiva de apertura, de respeto y acogida y de lucha contra el odio, la discriminación y la exclusión, más allá de la orientación sexual de la persona.

PALABRAS CLAVE:

homosexualidad, familia, acoso, homofobia, homoparentalidad.

* Investigadora propia Adjunta del Instituto Universitario de la Familia. Universidad P. Comillas, Madrid. <a.berastegui@comillas.edu>.

HOMOSEXUALITY AND FAMILY

ABSTRACT

Homosexuality is a topical issue that is directly or indirectly present in the lives of the majority of families, yet many are unsure of what to do or what to think when faced with this reality. Thus, this paper presents three situations that a family may face as opposed to their own perspective on sexuality, gender and their capacity to accept and respect: the reality of a son who does not adapt to the prevailing gender expectations and suffers homophobic abuse in his surroundings, notably at school; the reality of a son who during adolescence discloses his sexual orientation to his family or, in colloquial terms, comes out of the wardrobe; and the reality of a son who decides to build a stable homosexual relationship or have children with a partner. Drawing from the Catechism of the Catholic Church, which highlights the importance of not ostracizing homosexuals, and from the words of Pope Francisco, «Who am I to judge?», the paper focuses on the perspective of openness, respect and acceptance, of defeating hatred, discrimination and exclusion, moving beyond the sexual orientation of an individual.

KEY WORDS:

homosexuality, family, abuse, homophobia, homosexual parenting.

La homosexualidad es una orientación sexual que se define como la interacción o atracción sexual, afectiva, emocional y sentimental preferencial hacia individuos del mismo sexo. Actualmente se habla de ella dentro del acrónimo LGTB (lesbianas, gays, transexuales y bisexuales). A este acrónimo cada cierto tiempo se le reclama incluir alguna inicial más, tratando de visibilizar la enorme complejidad de realidades, colectivos y perspectivas que se engloban dentro de la diversidad sexual y de género. Sin embargo, son diferentes los procesos y vivencias que entrañan la homosexualidad y la bisexualidad (que se refieren a la orientación sexual, es decir, hacia quién se orienta el deseo sexual) y el transexualismo o el transgenerismo (que están más relacionados con la identidad sexual o de género, es decir, con qué grupo sexual o con qué conjunto de características humanas me identifico), aunque tengan en común la exclusión, el estigma y la lucha por sus derechos como minoría sexual.

La mirada social sobre la diversidad sexual en Occidente ha cambiado enormemente en el último siglo, de tal manera que lo que hoy piensa so-

bre la homosexualidad el ciudadano medio está, en algún punto del camino, entre la visión *postqueer*, que se enseña en las facultades de ciencias humanas de algunas de las más prestigiosas universidades de Occidente o se defiende a través del activismo LGTB, y la visión tradicional de la homosexualidad. Durante siglos, esta visión tradicional ha entendido la homosexualidad como una perversión sexual, situándola en el centro de un triángulo más o menos equilátero cuyos vértices son el delito, la enfermedad y la inmoralidad.

Durante el siglo XX se ha producido la abolición de las leyes que penalizaban la homosexualidad en la mayoría de los países europeos. En España tuvimos que esperar hasta 1979, con la derogación de la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social, para dejar de tratar a los homosexuales como delincuentes aplicándoles penas de cárcel por su conducta sexual. Sin embargo, la despenalización de la homosexualidad es una lucha inconclusa en nuestro mundo, ya que al menos 78 países criminalizan en sus leyes las relaciones consensuadas entre adultos del mismo sexo.

Por otra parte, hace casi cuatro décadas que la homosexualidad fue excluida de la lista de enfermedades psiquiátricas, en un largo y controvertido proceso de «despatologización» de esta realidad, hasta llegar a su desaparición total como entidad diagnóstica en el *Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales* de la Asociación Americana de Psiquiatría, publicado en 1987 (DSM-III-R), y en la *Clasificación Internacional de Enfermedades de la Organización Mundial de la Salud* (CIE-10) en 1990. En el campo de la salud mental, la investigación ha sido tozuda, al no encontrar diferencias significativas entre homosexuales y heterosexuales, y se ha podido evidenciar cómo los problemas que se señalaban tradicionalmente como asociados a esta población se derivaban más del estigma y la exclusión que de la orientación sexual en sí, y no se sostenían en estudios con base comunitaria¹.

Si bien la legalidad y la salubridad de la conducta homosexual no están puestas en cuestión mayoritariamente en nuestras sociedades, la homo-

1. MARTÍN HOLGADO, J., «Homosexualidad (I): ¿Trastorno psicopatológico?: *Miscelánea Comillas* 56 (1998), 439-477; ID., «Homosexualidad (II): ¿anomalía evolutiva?»: *Miscelánea Comillas*, 57 (1999), 145-168.

sexualidad sigue siendo una conducta desvalorizada, considerada «peor» que la orientación heterosexual y asociada a lo inmoral por muchos. Hay que tener en cuenta, de nuevo, que algunas de las cuestiones que se asocian a la inmoralidad en esta población, como la sordidez, el secretismo, la iniciación asimétrica y la visión del sexo como centro de la identidad y la interacción social que a veces se han señalado en ese colectivo, son cuestiones que también pueden estar vinculadas a los siglos de rechazo, exclusión y persecución que han vivido las personas homosexuales.

Por otra parte, la mayoría de las religiones condenan la conducta homosexual, aunque también en muchas de ellas han surgido movimientos para promover una mayor aceptación de estas personas. Aunque el actual papa Francisco mantiene las ideas tradicionales de la moral católica sobre esta cuestión, recalca la importancia de adoptar una actitud de apertura y no de juicio, en consonancia con el *Catecismo de la Iglesia Católica*, que recoge la importancia de tratar a las personas homosexuales con delicadeza y de no marginarlas. Las palabras del papa, «¿Quién soy yo para juzgar?», se repiten como un mantra, una posible puerta abierta a revisar las ideas sobre la homosexualidad en la Iglesia, que muchos cristianos recibimos con alegría. Sin embargo, algunos colectivos LGTB que todavía desean ser parte de la Iglesia lo consideran insuficiente y reclaman no solo acogida y misericordia, sino que su orientación sexual y sus relaciones sean aceptadas por la Iglesia como fuente de amor, de comunión y de generatividad.

Al margen de la doctrina sobre la moralidad de la conducta homosexual, que podría ser revisada, lo que no es revisable es el juicio moral sobre la homofobia: odiar, discriminar y agredir a otras personas, por razón de sus preferencias afectivas y sexuales, no es bueno para nadie y no puede tener justificación desde una perspectiva ni moral ni cristiana².

En distintos puntos del camino hacia el respeto y/o la aceptación de la diversidad sexual están la mayoría de las personas y familias. Hoy en día, si asumimos que uno de cada diez adultos tiene esta orientación sexual

2. VIDAL, F., «Cristianismo sin homofobia»: *Entreparéntesis*, 10/07/2015. <http://entreparentesis.org/cristianismo-sin-homofobia/>

preferencial, podemos presumir que este es un tema presente, directa o indirectamente, en la vida de todas las ellas. Sin embargo, a pesar de ser una realidad muy presente y muy frecuente, muchas familias no saben qué pensar, qué sentir o qué hacer cuando la diversidad sexual se hace presente en su vida cotidiana. Este artículo no pretende responder a estas preguntas, ofrecer fórmulas concretas ni elaborar un tratado de la moral de la homosexualidad, sino exponer algunas situaciones que pueden suponer una crisis para determinadas familias y algunas actitudes que pueden ayudar a atravesarlas con amor y sin juzgar.

Mi hijo/a es el/la «rarito/a» de la clase

Me atrevo a usar este apelativo para ayudar a las familias a identificar la situación de la que hablo, pero, sobre todo, como traducción del término anglosajón *queer*, que se ha acuñado, en este campo de la diversidad sexual y de género, para designar a todas aquellas personas cuyos comportamientos no se ajustan, en mayor o menor grado, a las expectativas que prevalecen sobre la identidad sexual y de género del grupo sexual asignado³. Es el caso de un niño que muestra preferencia por características o actividades que son socialmente consideradas «de niñas», y viceversa.

Generalmente, nos encontramos ante niños y niñas cuya identidad sexual está ajustada a su sexo (se sienten en armonía con su cuerpo y su sexo), pero su sensibilidad, sus gustos y sus preferencias no concuerdan (en mayor o menor porcentaje) con las prescritas para el grupo social de turno. En algunos casos nos encontramos ante niños y niñas que muestran los primeros signos de transexualismo o transgenerismo, con lo que habrá que explorar si el niño se siente niño o niña y si este sentimiento se ajusta a su sexo asignado. El transexualismo es una realidad muy infrecuente, pero requiere un abordaje muy especializado, por lo que las fa-

3. MARSHALL, D., (2010) «Acoso homofóbico, derechos humanos y educación. Una perspectiva no deficitaria de las políticas y prácticas de bienestar para la juventud *queer*»: *Archivos de Ciencias de la Educación* 4 (2010), 51-66. Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.4771/pr.4771.pdf.

milias de estos niños requieren apoyo y orientación especial, que va más allá del sentido común⁴.

Por otro lado, aunque este carácter *queer* es frecuente en las personas adultas homosexuales al recordar su historia, ni todos los adultos homosexuales han mostrado estas preferencias «cambiadas» ni todos los niños que han sido señalados por estas características han desarrollado una orientación sexual homosexual o bisexual. El problema aquí no es que a mi hija le guste el fútbol o que a mi hijo no le guste, o que sea más o menos dura o más o menos blando: el problema es la presión social del entorno que les rodea, por ajustarse a un perfil de comportamiento que no se acerca ni a sus aptitudes ni a sus actitudes. Todos los ámbitos sociales—desde la familia hasta la escuela, pasando por sus iguales o sus religiones— son susceptibles de convertirse en espacios de exclusión a los ojos de los adolescentes con tendencias minoritarias sexuales o de género⁵. Esta presión se puede mostrar en forma de expectativa frustrada de sus padres o en forma de acoso y violencia entre iguales y tiene efectos muy dolorosos y nocivos en el desarrollo de los niños.

El apoyo familiar a los niños y niñas con una orientación sexual no normativa es vital para un correcto desarrollo psíquico y social. Sin embargo, la disyuntiva que se les presenta a los padres en estos casos es apoyar el «modo de ser» de su hijo, fomentar sus capacidades y gustos y hacerle sentir orgulloso de sí mismo y fuerte frente a la mirada social, pero asumiendo (y también armándose y armándolo contra) la cota de rechazo que va a encontrar en el mundo que le rodea o, por el contrario, orientarle, más o menos firmemente, en el sentido de que adopte un comportamiento más adaptado y adecuado a las expectativas sociales, pero asumiendo el mensaje negativo hacia su autoconcepto, la pérdida de posibles virtudes y dones y la indefensión frente a los dictados de las mayorías. Ambas opcio-

-
4. COMUNIDAD DE MADRID, *Guía de Atención a Menores con Diversidad de género. Programa LGTB de la Comunidad de Madrid*, Consejería de Políticas Sociales y Familia – D. G. de Servicios Sociales e Integración Social, 2015.
 5. GALOFRÉ, G. – GENERELO, J. – PICHARDO, J. I. (coords.), *Adolescencia y sexualidades minoritarias: voces desde la exclusión*, Ed. Alcalá, Alcalá la Real (Ciudad Real) 2006.

nes entrañan sufrimiento, lo que dificulta el afrontamiento directo y la decisión explícita sobre estas cuestiones. Bajo mi punto de vista, los niños y niñas con diversidad de género necesitan el apoyo de su familia para poder construir una imagen fuerte y valiosa de sí mismos y así poder afrontar otros retos importantes, como el de la aceptación en el centro escolar, la construcción de relaciones libres de prejuicios y la lucha contra posibles episodios de discriminación en otros entornos de socialización.

Con respecto a la discriminación en la escuela, el importante porcentaje de acoso escolar que se configura como acoso homófobo nos debería hacer pensar en cómo las peores consecuencias de una visión social negativa sobre la diversidad sexual y de género pueden estar recayendo sobre niños, inocentes por un lado y desarmados por otro. A la desorientación de los padres se suma en muchos casos la necesidad de formación del profesorado para atender a la diversidad afectivo-sexual y prevenir los riesgos de la homofobia y la falta de compromiso del resto de la comunidad educativa, incluidas las familias, ante un problema frecuentemente invisibilizado. Es una urgencia social la participación de todos en una educación capaz de cortar de raíz los chistes, burlas o actitudes sexistas u homófobas, y de cortar también la cadena de transmisión del sexismo en el que hemos sido inopinadamente educados. No se puede quitar importancia a esta cuestión, ni tratarla como una cuestión de bromas entre niños. Algunos estudios nos muestran cómo el 43% de los adultos que dicen haber sufrido acoso homofóbico habían ideado el suicidio, el 35% lo había planeado, y el 17% lo había intentado en varias ocasiones, superando con mucho el porcentaje de intentos de suicidio de la población general⁶.

Un/a adolescente o joven «sale del armario»

Con mucha frecuencia, en la adolescencia y la primera juventud, los jóvenes en quienes se despierta fuertemente el deseo hacia otros de su mismo sexo tienen que luchar con la duda, la exploración, la vergüenza, el temor y el estigma antes de incluir este dato en la definición que hacen de sí mis-

6. GENERELO, J., *Acoso escolar homofóbico y riesgo de suicidio en adolescentes LFG*, Madrid: COGAM/FELGTB, Madrid 2012.

mos o compartir esta realidad con su familia. La construcción y reconstrucción de la propia identidad incluyendo esta orientación sexual está ligada a varios procesos: la autodefinición, la revelación, la socialización⁷ y la aceptación. Estos procesos aparecen normalmente cercanos en el tiempo, pero no siempre es así. En algunos casos, el intervalo entre un momento y otro puede ser de días, meses o años; y cuanto más se distancian en el tiempo, tanto más sufrimiento generan en el adolescente o joven, pudiendo llevar a una situación de duelo crónico. Además, en el camino hacia la autoaceptación, el adolescente o joven homosexual tendrá que aprender, todavía hoy en día, a gestionar la mirada social desvalorizada y excluyente sobre su realidad. En una encuesta realizada entre jóvenes LGTB de edades comprendidas entre 12 y 25 años, un 57% afirmaba haber sufrido violencia psíquica o física por su orientación o identidad sexual⁸.

El momento en que el hijo o la hija se revela como gay, lesbiana o bisexual ante sus padres y su entorno más cercano, se conoce comúnmente como «salir del armario». Este suele ser un momento de crisis familiar que puede conformarse como un proceso de duelo clásico en el que se entremezclarán sentimientos de enfado, negación, tristeza, culpa y, esperablemente, aceptación. Es cierto que no todas las familias viven esto como una crisis. Algunas familias viven la revelación como un alivio, como la confirmación de una sospecha o una profecía que han ido asumiendo durante el desarrollo de su hijo o como un dato anecdótico sin valor identitario, y muestran una aceptación inmediata de tal realidad. Sin embargo, el duelo es todavía una reacción frecuente en muchas familias, especialmente en aquellas con menos experiencia de diversidad, en las que la homosexualidad del hijo o la hija supone «una noticia bomba», que se acompaña de la pérdida de las expectativas, los sueños y la

-
7. La exploración del «ambiente» y la participación más o menos activa en relaciones o grupos LGTB genera sentimientos de pertenencia, neutraliza algunos sentimientos negativos, eleva la autoestima, dota de nuevos significados la identidad estigmatizada, rebaja el miedo a asumir esta autoasignación y aporta relaciones de apoyo que animan a definirse.
 8. GENERELO, J., «La diversidad sexual y de género en el sistema educativo: ¿qué sabemos de ella?»: *Revista Índice* (enero 2016), 29-32.

imagen que se habían hecho de su hijo o su hija, y su necesaria reestructuración. Dependiendo del grado de aceptación de su propia sexualidad que haya alcanzado el hijo, y de la edad y el grado de maduración que tenga en este momento, será más o menos capaz de comprender, esperar y facilitar este proceso en sus familiares o buscará en la reacción benigna de sus familiares la aprobación que no encuentra en sí mismo.

De una u otra manera, las distintas etapas de afrontamiento del duelo pueden servir para comprender lo que la familia tiene que vivir tras el «*shock*» inicial de la noticia. Podemos entender estas etapas como fases que se suceden o como procesos que se entrelazan y superponen o, en el peor de los casos, se imponen y bloquean el crecimiento hacia el respeto y la acogida⁹:

1. *Negación*. Una de las reacciones primeras y más frecuentes frente a una noticia como esta es la negación, que consiste en quitarle importancia a lo que el hijo o la hija cuenta, no dándole mucho crédito, intentar encontrar en él o en ella signos de que es una fase pasajera, que está malinterpretando y confundiendo sus sentimientos, que se está dejando engañar por otros... O entendiendo que son sentimientos que se pueden pasar o «curar»¹⁰.
2. *Ira*. Cuando la homosexualidad del hijo o la hija sigue haciéndose presente a pesar de los esfuerzos por negarla, se pueden presentar sentimientos de enfado y agresividad contra él o ella, contra su nueva pareja o sus nuevos amigos o amigas, contra aquellos en quienes se ha apoyado en su proceso de aceptación... En estas fases de ira son frecuentes los enfrentamientos verbales y, aunque es cada vez menos frecuente, el corte de las relaciones (afectivas y a veces también so-

9. Para una aproximación más completa a este proceso, ver MARTÍN HOLGADO, J., «Mama, soy gay», en Guía *La familia ante momentos difíciles*, Consejería de Familia y Asuntos Sociales de la Comunidad de Madrid, 2004.

10. Es muy importante destacar que la homosexualidad no solo no es una enfermedad ni, por lo tanto susceptible de «curarse», por lo que tratar de «reconvertir» la orientación sexual de la persona es éticamente insostenible, raramente eficaz, y además puede ocasionar graves perjuicios psicológicos; cf. DRESCHER, J. (2002). «Ethical Issues in Treating Gay and Lesbian Patients»: *Psychiatric Clinics of North America* 25/3 (2002), A605-A621.

- ciales) con el/la hijo/a. Por suerte, cada vez son menos los hijos que sienten que tienen que dejar su casa y cortar sus relaciones con su familia, o se ven obligados a hacerlo, tras comunicar su condición homosexual; pero todavía es una realidad.
3. *Negociación*. Por un lado, la fase de negociación implica búsqueda de las «causas» o los factores que pueden haber ocasionado o influido en la homosexualidad del hijo o de la hija, en la esperanza de poder intervenir sobre las mismas. Por otro lado, se busca hacer apaños para «aceptar sin aceptar», del tipo: «*entiendo tus sentimientos, pero no los pongas en práctica*»; o «*esto es una cosa privada y no tiene que saberlo nadie más*»; o «*no me importa que seas homosexual, siempre que sigas siendo normal*», o «*siempre que no se te note*», o «*siempre que no te muevas en determinados ambientes*» (llenos de homosexuales, se entiende), o «*siempre que no te subas a una carroza*».
 4. *Tristeza*. En esta etapa se imponen los sentimientos de abatimiento por las pérdidas, sufrimientos y riesgos que se atribuyen a la condición homosexual. Tan solo un conocimiento más realista de la homosexualidad puede poner freno a estas inquietudes, y el activismo puede poner coto a algunos de sus riesgos. A esta tristeza se suma en ocasiones la culpa por no haber sabido «detectar a tiempo» hacia dónde iba desarrollándose el hijo y no haberle podido ayudar, o por la propia incapacidad para comprender sus sentimientos, o por el reconocimiento de la propia homofobia. A ello se puede sumar también la sensación de estigma por el hecho de ser padre o madre de un hijo o hija homosexual.
 5. *Aceptación*. Cuando uno asume la orientación sexual de su hijo/a, es normal que este tema pase a un segundo plano en la relación, en la que vuelven a hacerse presentes el mundo del trabajo, los amigos y el resto de atributos y rasgos del hijo o la hija que durante este periodo han estado «eclipsados» por el proceso de aceptación. Muchas veces, este proceso no es lineal, sino que se hace en espiral, empezando por el proceso de asumir la noticia, volviendo a poner en marcha todo el proceso hasta tolerar sus manifestaciones, pasando por forjar un respeto más profundo por su realidad y su sexualidad y afrontar el propio proceso de revelación al entorno, hasta llegar a aceptar plenamente la realidad del hijo.

Lo cierto es que cada vez son más los padres que respetan primero y aceptan después la orientación de sus hijos, aunque a veces necesiten para ello acudir a grupos de apoyo en los que aprenden a manejar sus miedos, sus prejuicios, y participar en la creación de una sociedad más acogedora para sus hijos.

Un adulto anuncia que va a construir una familia homosexual

El inicio de la vida en pareja o el matrimonio de un hijo o un hermano homosexual supone el salto definitivo, de una realidad que se encuentra en la esfera de lo privado, a otra que se impone en la esfera de lo público. Es imprescindible reconocer que, cuando uno organiza su vida en pareja, la posibilidad de compartir en mayor o menor medida muestras de afecto, hablar de las actividades como pareja o de los propios proyectos de futuro, celebrar con otros los gozos y obtener apoyo instrumental y emocional frente a las dificultades es condición de posibilidad de la estabilidad y la felicidad de la pareja, sea esta homo o heterosexual.

Para algunas familias, el hecho de que el hijo se comprometa en una relación de pareja estable trae consigo la tranquilidad de empezar a entender el mundo del hijo o a poder identificarse con él con mayor facilidad. Para otras, la visibilidad social que acarrea la vida en pareja —o la idea de organizar una boda— supone una verdadera «salida del armario» como padres de un hijo homosexual. Por otra parte, la relación con la pareja del hijo o la hija y la capacidad de hacerlos partícipes de la vida cotidiana de la familia pone a prueba la profundidad del respeto y la aceptación de la realidad del hijo/a. Además, es posible que entrar en contacto con la nueva familia política (consuegros, etc.), sus valores y su propia manera de vivir esta realidad favorezca o dificulte el proceso de aceptación.

Finalmente, nos encontramos ante la posibilidad de que la nueva pareja, o a veces la persona homosexual en solitario, quiera crear, ampliar o abrir la familia y decida convertirse en padre o madre u ofrecerse a cuidar a un niño que lo necesite. Son muchas y complejas las cuestiones que están implicadas en esta decisión: la complejidad de algunos modelos familiares que se forman en estos casos (con varios núcleos familiares compartiendo los hijos), la moralidad de algunas técnicas de reproducción asis-

tida, la legalidad de otras, la accesibilidad de algunos modos de cuidado o la importancia de poner el superior interés de los niños necesitados de protección en el centro de los debates sobre los derechos de la paternidad. Esta cuestión daría lugar a un artículo completo.

Parece claro es que las personas y las parejas homosexuales que desean y se comprometen en la crianza de sus hijos pueden ser muy buenos padres o madres. Los estudios que han evaluado a los niños que se crían en familias homo¹¹ demuestran que los niños están tan bien como cualquier otro, y en ocasiones mejor¹². Claro está que estos estudios se han hecho con muestras de familias motivadas y pioneras, y que no necesariamente todas las familias homo son tan estupendas como las que reflejan los estudios; pero sí nos muestra que es posible que lo sean. Los hijos criados en familias homo son equiparables al resto de los niños en la totalidad de variables de bienestar que se han estudiado (salud mental, bienestar, adaptación escolar, sexualidad). Socialmente, preocupa mucho el desarrollo de la orientación sexual de los hijos criados en estas familias. Aunque podríamos contestar que el desarrollo es mayoritariamente heterosexual en estas familias, también es importante destacar que este no debería ser un criterio si no consideramos la homosexualidad algo enfermizo¹³.

Por otra parte, hay futuros abuelos o tíos a quienes les preocupa el efecto del estigma en la crianza de los niños. Esta preocupación es cierta y legítima, pero deberíamos responder a la misma con un fortalecimiento en la lucha contra la homofobia y no con su contrario. En este sentido, es importante destacar cómo los niños criados en familias homo necesitan rodearse de apoyos, al menos en el mismo grado que los criados en familias hetero: necesitan poder disfrutar de sus abuelos y de sus primos, celebrar sus cumpleaños y participar del mundo social que les rodea. Para que es-

-
11. Por «familias homo» nos referimos a familias homoparentales, es decir, aquellas en las que el subsistema parental es ocupado por una persona o pareja gay o lesbiana.
 12. ARRANZ, E., – OLIVA, A, *Desarrollo psicológico en las nuevas estructuras familiares*, Pirámide, Madrid 2010. GONZÁLEZ, M. M. – LÓPEZ, F., «Relaciones familiares y vida cotidiana de niños y niñas que viven con madres lesbianas o padres gays»: *Cultura y Educación* 21/4 (2009), 417-428.

tos niños encuentren apoyo en el entorno y no sean estigmatizados, sus familias y sus comunidades deberían participar en la creación de entornos no homófobos en los que criarse, en los que no sean rechazados por la sexualidad de sus padres. Probablemente, estos niños estén viviendo ahora un proceso muy parecido al que vivieron los hijos de padres separados en los 80, en que el apoyo de la familia extensa y la apertura de sus comunidades escolares y de amigos eran condición de bienestar social.

Conclusión

Hemos repasado algunos momentos del ciclo vital en que la homosexualidad de uno de los miembros de la familia puede ser un desafío que ponga a prueba la capacidad de aceptación y acogida por parte de dicha familia. No se agota aquí el campo en el que la diversidad sexual y de género puede poner a prueba a la familia, desde la organización flexible de los roles de género dentro de la familia, independientemente del sexo de la pareja o de los hijos, hasta la situación en la que un adulto descubre o revela su homosexualidad después de haber formado una familia heterosexual. Sin embargo, podemos descubrir algunas claves que parecen constantes entre estas situaciones: la importancia de poner el foco en la persona, la necesidad de flexibilizar las expectativas con respecto a los hijos y seres queridos (las expectativas de género, de futuro, de familia), la imposibilidad y el carácter contraproducente de intentar curar lo que no es una enfermedad, el reconocimiento de las experiencias dolorosas y estigmatizantes que unos y otros viven en este proceso, y la absoluta urgencia de luchar contra la homofobia en nuestras familias, escuelas y comunidades y crear sociedades más flexibles, acogedoras y capaces de abrazar la diversidad¹⁴.

13. BERÁSTEGUI, A. – DUATO, M. J. – REBOLLO, M. J. F. – PALACIOS, J., «Parejas homosexuales y adopción» *Informació psicològica* 87 (2006), 21-28.

14. MINISTERIO DE SANIDAD, SERVICIOS SOCIALES E IGUALDAD, *Abrazar la diversidad: propuestas para una educación libre de acoso homofóbico y transfóbico*, Madrid 2016. <http://www.infocop.es/pdf/Homofobia2016.pdf>